

AGATHA CHRISTIE

EL MISTERIO DE
LISTERDALE

Selecciones de Biblioteca Oro



Este libro nos trae diez relatos cortos.

El primero, que da nombre al libro, cuenta sobre una familia burguesa empobrecida que alquila una casa maravillosa a un precio muy bajo. La casa pertenece a Lord Listerdale, desaparecido años atrás sin dejar ningún indicio de su paradero. El joven morador de la casa defiende la hipótesis de que el hombre está muerto y que su cuerpo está escondido en algún lugar de la casa y, según él, razón por la que el alquiler es tan bajo. Suceden ciertas coincidencias que, al final, hacen que el joven consiga descubrir el misterio que ronda al antiguo propietario.

EL MISTERIO DE LISTERDALE

La señora Saint Vincent estaba sumando. De cuando en cuando suspiraba llevándose la mano a su dolorida frente. Nunca le había gustado la aritmética, y era una desgracia que ahora su vida pareciera depender enteramente de una suma en particular, la incesable adición de pequeños gastos necesarios, cuyo total nunca dejaba de sorprenderla y alarmarla.

¡Era imposible que sumasen *tanto!* Volvió a repasar las cifras. Había cometido un insignificante error en los céntimos, pero las demás eran exactas.

La señora Saint Vincent volvió a suspirar. Su jaqueca se había acrecentado. Alzó la cabeza al ver que se abría la puerta para dar paso a su hija Bárbara. Bárbara Saint Vincent era una joven muy hermosa, con las mismas facciones delicadas de su madre, y el mismo gesto altivo al volver la cabeza, pero sus ojos eran oscuros, en vez de azules, y tenía la boca distinta, de labios rojos y expresión grave, no exenta de atractivo.

—¡Oh, mamá! —exclamó—. ¿Todavía luchando con horribles cuentas? Arrójalas al fuego.

—Debemos conocer nuestra situación —replicó la señora Saint Vincent con voz insegura.

La joven alzó los hombros.

—Siempre estamos igual —dijo secamente—. Con el agua hasta el cuello, y como de costumbre, sin un céntimo.

La señora Saint Vincent suspiró.

—Quisiera... —empezó a decir, pero se detuvo.

—Tengo que encontrar un empleo —dijo Bárbara en tono firme—. Y pronto. Al fin y al cabo para eso he seguido el curso de taquigrafía y mecanografía. ¡Igual que otro millón de muchachas! «¿Qué experiencia tiene usted?». «Ninguna, pero...». «¡Oh! Gracias. ¡Buenos días! Ya le avisaremos». ¡Pero nunca avisan! Tengo que encontrar un empleo... lo que sea.

—Todavía no, querida —suplicó su madre—. Espera un poco más.

Bárbara fue hacia la ventana y sus ojos contemplaron sin ver la silueta de las casas de enfrente.

—Algunas veces —dijo despacio—, siento que mi prima Amy me llevara a Egipto el invierno pasado. ¡Oh! Sí que me divertí... casi fue la única diversión que he tenido, o que pueda tener en toda mi vida. Me *divertí*... disfruté intensamente. Pero fue una gran decepción. Me refiero a volver a... esto.

Y con un gesto abarcó la habitación. La señora Saint Vincent la siguió con la vista y parpadeó. La estancia era un ejemplo típico de las habitaciones de alquiler barato. Aspecto polvoriento, mobiliario puramente decorativo, y las paredes empapeladas con mal gusto y parte descoloridas. Un par de detalles denotaban que la personalidad de las huéspedes había intentado luchar con la de la patrona, y éstos eran: una o dos piezas de porcelana china, desconchadas y encoladas, de manera que su valor «vendible» resultara nulo; un trozo de bordado sobre el respaldo del sofá, y una acuarela de una jovencita al estilo de hace veinte años, lo bastante parecida a la señora Saint Vincent para no equivocarse.

—No me hubiera importado de no haber conocido otra cosa —continuó Bárbara—. Pero pensar en Ansteys...

Se interrumpió, sin atreverse a hablar de aquella casa tan querida que perteneciera a la familia Saint Vincent durante siglos y que ahora estaba en manos de extraños.

—Si papá... no hubiera especulado... y pedido prestado...

—Querida —repuso la señora Saint Vincent—, tu padre no fue nunca, en ningún sentido, un hombre de negocios.

Lo dijo con cierta graciosa entonación, y Bárbara se acercó a ella para darle un beso mientras murmuraba:

—Pobre mamaíta. No diré nada más.

La señora Saint Vincent volvió a coger su pluma, e inclinóse sobre su escritorio.

Bárbara fue de nuevo junto a la ventana, y al poco rato dijo:

—Mamá. Esta mañana he tenido noticias de... Jim Masterton. Quiere venir a verme.

La señora Saint Vincent, dejando la pluma, alzó la cabeza al punto.

—¿Aquí? —exclamó.

—Bueno, no podemos invitarle a cenar en el Ritz —se burló Bárbara.

Su madre se puso triste y de nuevo contempló la habitación con disgusto manifiesto.

—Tienes razón —dijo Bárbara, comprendiendo lo que pensaba—. Es un lugar espantoso. ¡Pobres vergonzantes! Suena bien... una casita muy blanca en el campo, alegres cortinas de bonito dibujo, jarros con flores, y un servicio de té con corona que lava una misma. Eso es lo que dicen las novelas. En la vida real, con un hijo que empieza a abrirse paso en una oficina, significa Londres: patronas ceñudas, niños sucios en la escalera, individuos de aspecto repugnante, arenques para el desayuno que nunca son demasiado frescos... etc.

—Si por lo menos... —empezó a decir la señora Saint Vincent—. Pero la verdad, estoy empezando a temer que ni siquiera podamos conservar esta habitación por mucho tiempo.

—Eso significa cambiarla por una sola habitación dormitorio-salita..., ¡qué horror! para las dos —dijo Bárbara—. ¡Y

un armario bajo un ladrillo para Ruperto! Y cuando Jim venga a verme, esas viejas haciendo calceta, y tosiendo de esa manera tan desagradable.

Hubo una pausa.

—Bárbara —dijo al fin la señora Saint Vincent—. ¿Querías...? Quiero decir... ¿Te importaría...?

Se detuvo enrojeciendo ligeramente.

—No es preciso que andes con rodeos, mamá —dijo Bárbara—. Hoy en día ya nadie lo hace. Supongo que te referies a casarme con Jim. Me encantaría que me lo pidiera, pero mucho temo que no lo haga.

—¡Oh! Bárbara, querida.

—Bueno, una cosa fue verme allí con prima Amy, desenvolviéndome entre lo mejor de la sociedad (como dicen las novelas). *Le gusté*. ¡Ahora vendrá aquí y me verá en este ambiente! Y es un hombre extraño, ¿sabes?, exigente y anticuado. A mí... a mí me gusta por eso. Me recuerda Anstey y el pueblo... todo como estaba hace cientos de años, pero tan... tan... ¡oh...! No sé cómo decirte... tan fragante. ¡Como el perfume de lavanda!

Se echó a reír semiavergonzada de su vehemencia, y la señora Saint Vincent le habló con cierta ansiedad.

—Me gustaría que te casaras con Jim Masterton —dijo—. Es... uno de los nuestros. Además, goza de buena posición, pero eso no me importaría gran cosa.

—Pues a mí, sí. Estoy harta de pasar apuros.

—Pero, Bárbara, no es...

—¿Sólo por eso? No, le quiero de verdad. Yo... oh, mamá, ¿no ves que le quiero?

La señora Saint Vincent se puso triste.

—Ojalá pudiera verte en el ambiente que te corresponde, querida —dijo con pesar.

—¡Oh, bueno! —dijo Bárbara—. ¿Por qué preocuparse? Hemos de procurar ver las cosas con optimismo. Siento haber dicho estas cosas. Animo, mamá.

E inclinándose, besó ligeramente la frente de su madre y se marchó. La señora Saint Vincent, renunciando a seguir con sus cuentas, fue a sentarse en el incómodo sofá. Sus pensamientos giraban en su mente como ardillas enjauladas.

«Pueden decir lo que quieran, pero las apariencias pueden alejar a un hombre al principio. Más tarde no, si está realmente enamorado. Entonces ya sabe cuán dulce y querida es la mujer amada. Pero es tan fácil para los jóvenes el adaptarse a su ambiente. Ruperto, por ejemplo, es completamente distinto de como era antes. No es que quiera que mis hijos sean orgullosos. Nada de eso. Pero me disgustaría que Ruperto se comprometiera con esa jovencita del estanco. Es posible que, en realidad, sea una buena chica, pero no es de nuestra clase. Es todo tan difícil... Pobrecita Babs. Si yo pudiera hacer algo... alguna cosa. ¿Pero de dónde va a salir el dinero? Lo hemos vendido todo para dar a Ruperto la oportunidad de abrirse camino, cuando en realidad no podíamos hacerlo».

Para distraerse, la señora Saint Vincent cogió el *Morning Post*, y empezó a repasar los anuncios de la primera página. La mayoría se los sabía de memoria. Gente que necesitaba capital, gente que no lo tenía, y estaba deseando disponer de él, sólo a cambio de un pagaré; gente que compraba dientes (siempre le había intrigado el porqué); gente que necesitaba vender pieles y trajes y que tenían una idea optimista en cuanto a su precio. De pronto algo llamó su atención, y poniéndose tensa leyó una y otra vez con gran determinación las letras impresas:

«Sólo para gente bien. Pequeña casa en Westminster, exquisitamente amueblada, se ofrece a quien pudiera interesar. Alquiler puramente nominal. Trato directo».

Un anuncio corriente. Había leído muchísimos iguales... bueno..., casi iguales. Alquiler nominal... ahí es donde estaba la trampa.

Sin embargo, puesto que su deseo era escapar de sus pensamientos, se puso el sombrero en seguida y tomó el autobús correspondiente para dirigirse a la dirección indicada por el anuncio.

Resultó ser la de un agente de ventas, pero no floreciente... sino un lugar de aspecto pobre y anticuado. Con cierta timidez mostró el anuncio que había recortado, y preguntó las condiciones.

El caballero de cabellos blancos que la atendió, se frotó la barbilla con aire pensativo.

—Perfectamente. Sí, perfectamente, señora. Esa casa, la casa que se menciona en el anuncio, es la número siete de Cheviot Place. ¿Desea verla?

—Primero quisiera saber cuánto piden de alquiler.

—¡Oh, el alquiler! La cifra exacta no se ha señalado todavía, pero puedo asegurarle que es puramente nominal.

—Hay opiniones muy distintas sobre lo que llamamos puramente nominal —repuso la señora Saint Vincent.

El anciano caballero se permitió una risita.

—Sí, es un truco antiguo... muy antiguo. Pero puedo darle mi palabra de que en este caso, no. Dos o tres guineas a la semana, tal vez, pero no más.

La señora Saint Vincent decidió pedir autorización para verla. No es que existiera la más remota posibilidad de poder alquilarla, pero, al fin y al cabo, *tenía que verla*. Algún inconveniente debía tener para que la ofrecieran a aquel precio.

Pero el corazón le dio un vuelco al contemplar el exterior del número siete de Cheviot Place. Era una casa única. ¡Estilo Reina Ana, y en perfecta conservación! Un mayordomo le abrió la puerta. Tenía el cabello y las patillas grises, y la calma ceremoniosa de un arzobispo. Un arzobispo amable, pensó la señora Saint Vincent.

El mayordomo recibió la autorización para ver la casa con aire indulgente.

—Se la enseñaré con mucho gusto, señora. La casa está a punto para ser ocupada.

Y abriendo la marcha, fue anunciando las habitaciones.

—El salón, el despacho, aquí hay un pequeño cuarto de aseo.

Era perfecta... un sueño. El mobiliario todo de la época, cada pieza con señales de uso, pero barnizadas con todo cuidado y cariño. Las alfombras tenían esas hermosas tonalidades suaves, ligeramente desvaídas, de lo antiguo. En todas las habitaciones había jarrones con flores frescas. La parte posterior de la casa daba a Green Park, y todo el lugar irradiaba un atractivo añejo.

A la señora Saint Vincent se le llenaron los ojos de lágrimas que le costó un gran esfuerzo contener. Así había sido Ansteys... Ansteys...

Se preguntó si el mayordomo habría notado su emoción. De ser así, era un criado demasiado perfecto para demostrarlo. Le encantaban aquellos servidores antiguos con los que uno se siente seguro y tranquilo. Eran como amigos.

—Es una casa muy bonita —dijo en tono bajo—. Muy bonita. Me alegro de haberla visto.

—¿Es para usted sola, señora?

—Para mí, y para mi hija y mi hijo. Pero me temo...

Se interrumpió. La deseaba tanto... tantísimo.

Comprendió instintivamente que el mayordomo había entendido, aunque no la miró mientras decía:

—Hay que tener en cuenta, señora, que el propietario prefiere ante todo inquilinos convenientes. Desea que la casa sea ocupada por alguien que sepa cuidarla y apreciarla.

—Yo sabría apreciarla —dijo la señora Saint Vincent en voz baja.

Se volvió para marcharse.

—Gracias por su atención de enseñármela —observó en tono cortés.

—De nada, señora.

Y permaneció en pie junto a la puerta muy correcto, mientras ella se dirigía a la calle pensando para sus adentros: «Él lo sabe y me compadece. Él también es de la antigua generación. A él le hubiera gustado que me la quedara yo... y no un miembro del partido laborista, o un fabricante de botones. Nuestra clase va desapareciendo, pero nos mantenemos unidos».

Al fin decidió no volver a la agencia. ¿Para qué? Podría pagar el alquiler, pero había que tener en cuenta al servicio. En una casa como aquélla no podía prescindirse de la servidumbre.

A la mañana siguiente encontró una carta junto a su plato. Era de la agencia, y en ella le ofrecían la casa número siete de Cheviot Place durante seis meses por dos guineas a la semana, y agregaban: «Suponemos que habrá tenido en cuenta que los criados seguirán en la casa a cargo del propietario. Realmente es una oferta única».

Lo era. Tan sorprendida estaba que volvió a leer la carta, esta vez en voz alta, y una vez hubo descrito su visita del día anterior la acribillaron a preguntas.

—¡Qué en secreto lo llevabas, mamaíta! —exclamó Bárbara—. ¿Es de veras tan bonita?

Ruperto aclaróse la garganta, y empezó a interrogarla como un juez.

—Detrás de esto se esconde algo. Si quieres saber mi opinión, esto me huele mal. Es decididamente sospechoso.

—Igual que mi huevo —dijo Bárbara arrugando la nariz—. ¡Uf! ¿Por qué habría de haber algo raro en todo esto? Eso es muy propio de ti, Ruperto, siempre viendo misterios por todas partes. Es por culpa de esas terribles novelas policíacas que andas leyendo siempre.

—El alquiler es ridículo —dijo Ruperto—. En la ciudad —agregó dándose importancia— uno se acostumbra a toda clase de cosas raras. Os digo que hay algo extraño en este asunto.

—Tonterías —replicó Bárbara—. La casa pertenece a un hombre de mucho dinero, la quiere, y desea que la ocupen personas decentes durante su ausencia. Algo así. Probablemente el dinero no cuenta para él.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó Ruperto, a su madre.

—Cheviot Place, número siete.

—¡Cáscaras! —echó la silla para atrás—. Vaya, esto es emocionante. En esa casa es donde desapareció lord Listerdale.

—¿Estás seguro? —preguntó la señora Saint Vincent con incredulidad.

—Segurísimo. Tiene muchísimas otras casas por todo Londres, pero ésa es la única en que vivía. Salió de ella una tarde diciendo que iba a su club y nadie volvió a verle. Se supone que se habrá marchado al este de África, o algún otro sitio por el estilo, pero nadie sabe por qué. Lo mismo pudieron asesinarle en esa casa. ¿Dices que las paredes están cubiertas de paneles de madera?

—Sí —dijo la señora Saint Vincent con desmayo—; pero...

Ruperto no le dio tiempo para continuar, prosiguiendo con entusiasmo:

—¡Paneles! Ahí tienes. Seguro que hay algún escondite secreto. El cadáver debieron ocultarlo allí y nadie ha podido encontrarlo. Tal vez lo embalsamaron primero.

—Ruperto, querido, no digas tonterías —dijo su madre.

—No seas mal intencionado, tonto —dijo Bárbara—. Has estado yendo demasiado al cine con esa rubia oxigenada.

Ruperto levantóse con dignidad... con toda la dignidad que le permitía su edad ingrata, y les dio el ultimátum final.

—Alquila esa casa, mamaíta. Yo descubriré ese misterio. Ya verás como sí.

Y se marchó apresuradamente por temor de llegar tarde a la oficina. Las dos mujeres se miraron.

—¿Podríamos alquilarla, mamá? —murmuró Bárbara con voz trémula—. ¡Oh, si fuera posible!

—Los criados —dijo la señora Saint Vincent con voz patética— tienen que comer. Quiero decir que me gustaría tenerlos... pero ahí está el inconveniente. Cuando uno está solo es más fácil pasarse sin las cosas.

Miró tristemente a su hija y ésta asintió.

—Lo pensaremos —dijo la señora Saint Vincent.

Pero en realidad su decisión estaba tomada. Había visto brillar los ojos de Bárbara y pensó para sí: «Jim Masterton debe verla en el marco que le corresponde. Ésta es una oportunidad... una oportunidad maravillosa, y debo aprovecharla».

Y sentándose escribió al agente aceptando su oferta.

* * *

—Quintín, ¿de dónde han salido esos lirios? Yo no puedo permitirme el lujo de comprar flores caras.

—Los han enviado de King's Cheviot, señora. Siempre ha existido esa costumbre.

El mayordomo se retiró, y la señora Saint Vincent pudo exhalar un suspiro de alivio ¿Qué haría sin Quintín? Con él todo era *fácil*. Y pensó para sus adentros: «Es demasiado bueno para que dure. Me despertaré pronto, lo sé, y me daré cuenta de que todo ha sido un sueño. Soy tan *feliz* aquí, ya han pasado dos meses... como un relámpago».

Ciertamente la vida había sido muy agradable. Quintín, el mayordomo, se había revelado como el autócrata de la casa número siete de Cheviot Place.

—Lo mejor será que lo deje todo en mis manos, señora —le había dicho con respeto.

Cada semana le mostraba los libros con unos totales muy bajos. Sólo había otros dos criados más, una cocinera y una doncella. De muy buenos modales, y eficientes en

sus labores, pero era Quintín quien llevaba la casa. Algunas veces aparecían en la mesa pollos y caza, causando la inquietud de la señora Saint Vincent, pero Quintín la tranquilizaba siempre. Habían sido enviados desde la finca de lord Listerdale, desde King's Cheviot, o desde las propiedades de Yorkshire.

—Siempre ha sido ésa la costumbre, señora —le decía.

La señora Saint Vincent dudaba de si aquellos envíos hubieran sido del agrado del ausente lord Listerdale, y sentíase inclinada a sospechar que Quintín usurpaba la autoridad de su amo. Era evidente que les había cobrado cariño, y que a sus ojos no había nada bastante bueno para ellos.

Como la declaración de Ruperto despertara su curiosidad, la señora Saint Vincent había hecho alguna insinuación respecto a lord Listerdale cuando volvió a visitar a sus agentes de venta. Y el caballero de cabellos grises le había respondido al punto.

Sí, lord Listerdale estaba en el este de África desde hacía dieciocho meses.

—Nuestro cliente es un hombre excéntrico —dijo sonriendo—. Abandonó Londres de la forma más despreocupada, como usted tal vez recordará... Sin decir una palabra a nadie. Los periódicos se ocuparon de ello. E incluso se hicieron averiguaciones por Scotland Yard. Afortunadamente se recibieron noticias del propio lord Listerdale desde el este de África, dando plenos poderes a su primo, el coronel Carfax. Y él es quien lleva todos los asuntos de lord Listerdale. Sí, me temo que todo esto resulte bastante extraño. Siempre le encantó viajar por las selvas... y es evidente que no regresará en muchos años a Inglaterra, aunque ya va siendo de edad avanzada.

—No creo que sea muy viejo —dijo la señora Saint Vincent, recordando de pronto un rostro cubierto por una barba, muy similar al de un marinero isabelino, que viera una vez en una revista ilustrada.

—De mediana edad —dijo el caballero de la agencia—. Cincuenta y tres años, según Debrett.

Esta conversación la repitió la señora Saint Vincent a Ruperto con la intención de desilusionarle.

Sin embargo, Ruperto continuó en sus trece.

—Ahora me parece más extraño que nunca —declaró—. ¿Quién es ese coronel Carfax? Probablemente heredará el título si algo le ocurriera a Listerdale. Probablemente la carta que se recibió desde África sería un fraude. Dentro de tres años, poco más o menos, ese Carfax simulará su muerte y heredará el título. Entretanto maneja su hacienda. Esto es muy sospechoso.

Y tuvo la benevolencia de dar su aprobación al ver la casa. En su ratos de ocio tenía la costumbre de golpear los paneles de las paredes y tomar medidas calculando la posible colocación de la cámara secreta, pero poco a poco fue desapareciendo su interés por el misterio de lord Listerdale. También decreció su entusiasmo por la hija del estanco. El ambiente hace milagros.

Para Bárbara aquella casa fue motivo de gran satisfacción. Jim Masterton había ido a verla, convirtiéndose en un asiduo visitante. Él y la señora Vincent se llevaban espléndidamente, y unos días más tarde dijo a Bárbara algo que la sobresaltó.

—¿Sabes que esta casa es un marco maravilloso para tu madre?

—¿Para mamá?

—Sí. ¡Fue hecha para ella! Le pertenece de una forma extraordinaria. En esta casa hay algo extraño, impalpable, como un hechizo.

—No hagas como Ruperto —le suplicó Bárbara—. Está convencido de que el malvado coronel Carfax asesinó a lord Listerdale, escondiendo su cadáver en el suelo.

Masterton echóse a reír.

—Admiro el instinto detectivesco de Ruperto. Yo no me refiero a nada de eso. Pero hay algo extraño en la atmósfe-

ra, algo que no se acaba de comprender.

Llevaban tres meses en Cheviot Place cuando Bárbara se presentó ante su madre con el rostro radiante.

—Jim y yo nos hemos prometido. Sí... anoche. ¡Oh, mamá! Todo parece un cuento de hadas hecho realidad.

—¡Oh, querida! Cuánto... cuánto me alegro.

—¿Y sabes que Jim está casi tan enamorado de ti como de mí? —le dijo Bárbara al fin con una risa misteriosa.

La señora Saint Vincent se ruborizó.

—Es cierto —insistió la joven—. Tú pensaste que esta casa sería un marco adecuado para mí, y en realidad lo es para ti. Ruperto y yo no pertenecemos a este ambiente.

—No digas tonterías, querida.

—No son tonterías. Tiene el sabor de un castillo encantado, y tú pareces una princesa encantada, y Quintín es como un... ¡Oh!, como un mago bueno.

La señora Saint Vincent, riendo, tuvo que admitir esto último.

Ruperto recibió la noticia del noviazgo de su hermana con mucha calma.

—Ya me había dado cuenta de que había algo de eso —observó con aire entendido.

Su madre y él estaban cenando solos, pues Bárbara había salido con Jim.

Quintín depositó el oporto ante él y se retiró.

—Es un hombre excelente —dijo Ruperto indicando con la cabeza la puerta que acababa de cerrarse—. Pero hay algo extraño en él... ¿sabes?, algo...

—¿Sospechoso? —le interrumpió la señora Saint Vincent con una ligera sonrisa.

—Vaya, mamá, ¿cómo sabías que iba a decir eso? —preguntó Ruperto con toda seriedad.

—Es una palabra que utilizas mucho, querido. Todo te parece sospechoso. Supongo que sigues creyendo que fue Quintín quien hizo desaparecer a lord Listerdale enterrándolo debajo del suelo, ¿no es cierto?